

EN RECUERDO DE ALBERTO

Eugenia Fosalba

Es para mí un gran honor decir hoy aquí unas breves palabras en recuerdo de Alberto Blecua, a petición de su familia. Unas palabras sobre nuestro querido maestro, que acaba de morir dulcemente, en la cama, como su gran amigo don Quijote. Es un honor tan grande que reconozco desde el principio que me abruma, entre otras muchas razones por la imposibilidad de hacer justicia, en unas pocas palabras -humildes, por mías-, a un hombre de su talla intelectual y humana. Por eso quiero mencionar ante todo que el motivo por el que estoy aquí no es otro que el inmenso cariño a Alberto y a su familia, más que cualquier otro posible mérito. Hay cientos de personas, además, que podrían rendir homenaje a Alberto desde este estrado mucho mejor que yo. Porque si algo creo que tenemos claro los innumerables discípulos de Alberto que hoy nos congregamos en su recuerdo es que ha sido un maestro inconmensurable, que a lo largo de su dilatada carrera académica ha creado escuela en la enseñanza de la literatura española a todos los niveles de la docencia, desde la primaria, pasando por la secundaria, el bachillerato y la universidad. Y ha sido también quien ha formado a

algunos de los más prestigiosos editores del país. A Alberto Blecua lo querían, lo quieren y lo querrán multitudes de exalumnos, porque a todos los trató sin excepción con respeto y afecto, y porque les dio algo que es muy difícil de explicar, pero que resume la palabra libertad.

A Alberto lo teníamos como profesor por primera vez en segundo de carrera, casi recién llegados del instituto de secundaria. En nuestro breve historial habíamos echado mano las más de las veces de los manuales al uso, en unas clases muy pautadas, y nos habíamos examinado sabiendo siempre lo que entraba y lo que no entraba, creyendo vanamente después que lo habíamos escrito «todo». Ahora, sentados en los anchos pupitres de pino macizo de la Autónoma, cargados de un respecto sacrosanto por la figura del profesor que teníamos delante, de pronto nos dábamos cuenta de que habíamos aterrizado en un discurso *in medias res*, en el que nuestro profesor ponía voz a los textos clásicos, les daba vida y los glosaba con toda suerte de notas explicativas, dando por sentada una erudición remota. No nos servía para nada la cómoda brújula de siempre, y estábamos perdiendo pie cuando apenas echábamos a volar: aquel profesor menudo que se multiplicaba ante nosotros, con sus manos nervudas, los ojos agudos y rientes, cargados de cariño, asomando por encima de las gafas, nos había arrojado alegremente y sin

paracaídas a la jungla del Siglo de Oro. Así era como emprendíamos la carrera del vivir estudiantil, sobre la marcha, y ya nos podíamos espabilar, porque había que seguirle. Y después del golpetazo contra el suelo de nuestra ignorancia teníamos que abrirnos camino sin más contemplaciones, lapicero en ristre, en medio de la vasta y bellísima selva de la literatura española que de pronto se nos había puesto por horizonte.

Y claro, lo primero que aprendíamos era que no sabíamos nada, y que por mucho que nos empeñáramos seguiríamos siendo unos ignorantes siempre. Que es lo mejor que puede pasar. El golpe a la vanidad daba igual, era lo de menos, porque todo aquello que antes era letra muerta en los manuales ahora estaba vivo y coleando, y daba comienzo una aventura sin igual: todo eran estímulos, y a muchos, ese aterrizaje asilvestrado —porque no olvidemos que la vocación de Alberto era artística, en bellas artes, y de ahí su vena irrenunciablemente bohemia— ya nos había inoculado el dulce veneno de la investigación. Sin decírnoslo, Alberto Blecua nos había dicho que estaba todo por decir y por hacer, y que bastaba para empezar con sentir curiosidad e insatisfacción con las reducciones ajenas. «No creas nada de lo que leas» fue la primera regla de oro que me dio a mí y supongo que a muchos, cuando, acabada la

carrera, empezábamos a darle vueltas a la tesis doctoral. Habíamos terminado los estudios, y por entonces no había becas como ahora, pero teníamos la sensación de que aquella aventura acababa de empezar, y el gran culpable, entre otros profesores deslumbrantes como Francisco Rico, Carme Riera o Sergio Beser, era precisamente él. El comienzo era ácrata, sí, pero la metodología rigurosa, avalada las más de las veces por los secretos de la ecdótica, que nadie mejor que él supo sistematizar y explicar al ámbito hispánico.

La sombra de Alberto en nuestros trabajos, sobre todo al empezar, pero ya para siempre, era alargada: mientras te adentrabas en tu primera investigación con cara y ojos, pensabas una y otra vez: «esta frase no le gustaría a Alberto». O bien, cuando intentabas salirte de lo ya dicho, pensabas «para demostrarle esto voy a tener que cargarme de argumentos». Se imponía siempre el estudio de la tradición, de las fuentes, para poder calibrar la originalidad, y la madre de todo era la crítica textual, con la que Alberto se había propuesto revisar la obra de los más grandes: desde Garcilaso hasta Lope de Vega, este último con una producción que equiparaba en cantidad y calidad a la de un país entero, y para la que creó ese inmenso proyecto de la Universidad Autónoma de Barcelona que ha arrastrado a más de un centenar de investigadores con él en la edición

de su obra dramática completa, y que después de más de treinta años de trabajo incansable está cerca de llegar a su culminación.

No solo se encariñaba con todos y cada uno de los alumnos. En una época bastante dudosa en cuanto al trato a la mujer, los años ochenta y noventa de nuestra juventud, cuando el *Me too* o el *hashtag* "cuéntalo" eran inimaginables, y cualquier procacidad era un supuesto halago, Alberto te respetaba. Y eso te permitía atreverte a seguir. Ni más ni menos. Te sentías libre bajo su paraguas. Ese es un detalle que jamás olvidaré de él y por el que le estaré eternamente agradecida. No era un hombre que alardeara de progresía, pero te sorprendía, por así decirlo, su praxis feminista. Quizá porque era muy respetuoso con la libertad ajena, y por eso también lo era con la de la mujer —no olvidemos a la libérrima Marcela, que coleaba por ahí, en su mundo mental cervantino—, y sobre todo porque Alberto amaba por encima de todo la suya. Su libertad. Rosa Mari, su compañera de toda la vida, quien más y mejor lo ha querido, lo sabe muy bien. Por eso me ha insistido en que mencione este aspecto de su personalidad: su amor a la libertad.

Alberto había leído muy bien a Cervantes y se había ido cervantinizando. Después de asistir a sus clases y haberle oído dar vida a los múltiples personajes que pueblan las inolvidables escenas

del *Quijote*, era ya imposible leer esas páginas en la soledad de la habitación o en el aula ante los propios alumnos sin oír meridianamente clara la voz de Alberto, como si solo la suya pudiera asumir la del narrador de esta gran novela de todos los tiempos.

Podría decir muchas más cosas más sobre la personalidad y sobre la obra de Alberto Blecua, pero quiero cerrar ya estas palabras con las suyas, recogidas en el voluminoso libro de su producción dispersa en artículos, *Signos viejos y nuevos*. Alberto escribía, en un capítulo dedicado a Cervantes y la retórica, acerca de la fuente en fray Luis de Granada de aquellas emocionantes palabras que el autor del *Persiles* escribió en su prólogo, pocas horas antes de morir.

Escribe Alberto: «Fray Luis de Granada aterraba al pecador presentando la agonía del tránsito de la muerte con estas palabras: "Llegada es ya mi vejez, cumplido es el número de mis días; agora moriré a todas las cosas y ellas a mí. Pues ¡oh mundo, quedaos, a Dios; heredades y hacienda mía, quedaos a Dios; amigos, mujer e hijos míos, quedaos a Dios, que ya en carne mortal no nos veremos jamás!"» (*Libro de la oración*). Y seguía el texto de Alberto recogiendo unas palabras del autor del *Quijote* que ahora podrían ser perfectamente suyas: «Cervantes no parodió pero sí dio un giro al pasaje que le sirve de fuente en

unas de las últimas líneas que escribió: "Adiós, gracias; adiós, donaires; adiós, regocijados amigos, que yo me voy muriendo y deseando veros presto contentos en la otra vida!"». Y cerraba su capítulo con esta frase inolvidable, que se te clava en el corazón: «Admirable retórico Cervantes; pero sobre todo, admirable ser humano».

Gracias por tu infinita sabiduría, Alberto, pero, sobre todo, gracias infinitas por tu humanidad.

Barcelona, 30 de enero de 2020